

Horizonte vocacional

EL año 1965, fecha en que concluyó el Concilio, es posiblemente el momento en la historia de la Iglesia en que se alcanzó el número más elevado de sacerdotes, religiosas y religiosos. A partir de allí los números han comenzado a rodar cuesta abajo. Se pregunta con frecuencia si «vuelven las vocaciones como antes».

El término «vocación» abarca en realidad a todos y cada uno de los cristianos. San Agustín en sus sermones se presentaba: «con vosotros soy cristiano». Pero en la utilización más usual, al hablar de «vocación» nos solemos referir a los sacerdotes diocesanos y a las religiosas y religiosos. En las reflexiones que siguen, todavía nos reduciremos algo más. Nos centraremos sobre todo en la «crisis de vocaciones» en las congregaciones religiosas.

Las estadísticas referidas a toda la Iglesia católica nos hablan de una leve recuperación global del número de seminaristas. No así en los candidatos a la vida religiosa. Debemos recordar con todo que una cifra global no refleja las diferencias locales. Europa occidental, si se exceptúan unos pocos núcleos que presentan un balance más positivo y que convendría estudiar más de cerca, tiene unos resultados instalados persistentemente en números rojos.

Cómo somos

*Si espigamos hoy algunos de los rasgos que configuran a las sociedades occidentales actuales, las cuales influyen no poco en las vocaciones, señalaríamos tres grandes corrientes: Frente a la época preconiliar, casi «monolítica», predomina hoy un **pluralismo mucho más acentuado y hasta centrífugo**. Se han cuarteado las estructuras familiares y no pocas instituciones. Las constelaciones de valores que iluminaban el camino de la persona, se difuminan borrosamente en el horizonte y hasta desaparecen. Los grandes ideales del pasado se esfuman y las promesas del futuro no tienen brillo ni fuerza como para atraer. En ese clima, una lógica de conservación lleva a encerrarse dentro de los propios muros y construirse su propia historia con piezas sueltas recogidas de aquí y allá, casi de «bricolage». Un segundo rasgo sería la **atención prevalente al propio individuo** con el peligro del individualista «sálvese quien pueda». Generalizando se puede decir que los jóvenes del 68 estaban enamorados de la utopía. Los jóvenes del 2000 se agarran a un pragmático realismo. Lo inmediato es lo que cuenta ya que el futuro hoy cae demasiado lejos. Con estas mimbres —apuntamos un tercer rasgo— no se pueden trenzar **grandes compromisos ni a largo plazo ni menos aún definitivos**. No es cierto que los jóvenes de hoy no tengan ideales ni sean capaces de asumir compromiso alguno. Pero, «con el tiempo que hace», asumir un compromiso vinculante y a largo plazo les resulta especialmente difícil. Ya en 1985 estudios sociológicos registraban una baja predisposición hacia compromisos «prolongados y definitivos» por lo que concluían que **«es difícil que la crisis vocacional se resuelva en poco tiempo»**. El sociólogo Gehard Schulze ha hablado de la «sociedad de la aventura». Y recoge un puñado de*

«pequeños afanes» que vendrían a ser el horizonte de las aspiraciones de la juventud actual: afirmar mi yo frente a la incertidumbre, relacionarme sin comprometerme y gestionar mi entorno inmediato para que la pequeña hilera de personas y cosas de cada día sea atractiva y suscite sensaciones agradables.

Los jóvenes «desde fuera»

*Todo ello tiene una incidencia incuestionable en la actitud de los jóvenes ante la religión. Estadísticas recientes de 1999 señalan en la religiosidad juvenil una línea hacia abajo. En diez años (1989-1999) el porcentaje de jóvenes que creen en Dios ha bajado del 71 al 65 por 100; se declaran católicos practicantes el 35 por 100, asisten regularmente a misa el 11 por 100; se casarán por la Iglesia el 57 por 100; y sólo un 3 por 100 considera que la Iglesia es un lugar donde se dicen cosas importantes para la interpretación del mundo. En la relación de causas nobles que atraen la atención y la entrega de los jóvenes los primeros puestos están copados por la paz en el mundo, el medio ambiente, los derechos humanos, la lucha contra la pobreza o el racismo. Hay que bajar hasta casi el fondo de la lista para encontrar la fe religiosa. Otro informe, realizado en 1998, ponía de manifiesto un preocupante desinterés de los padres por la educación religiosa de sus hijos. Entre los valores inculcados por los padres a sus hijos, la religión ocupa el último lugar. Y en algunas comunidades autónomas el valor religioso era citado solamente por uno de cada 10 padres. Estudios sociológicos recientes señalan también una incoherencia frecuente y clamorosa entre las causas que los jóvenes defienden y la falta de las correspondientes acciones pastorales. **«En los actuales jóvenes hay un hiato,***

una falla entre los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología) y los valores instrumentales..., sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito». Si tenemos los jóvenes que tenemos, ello se debe, en parte, a la manera como nosotros hemos vivido.

Los jóvenes «desde dentro»

Al recoger estos rasgos hemos procurado no echar mano del tópico ni de la caricatura simplona. Es conveniente acercarse a los jóvenes para que ellos hablen por sí mismos. Disponemos de otra encuesta reciente hecha a jóvenes cristianos para que expresen la imagen que tienen de la vida religiosa y su actitud ante ella en vistas a un futuro compromiso.

Estos jóvenes creyentes y practicantes tienen —en un porcentaje que va desde el 65 por 100 al 95 por 100 de los jóvenes— una imagen claramente positiva de la vida religiosa en sus líneas generales. La pregunta entonces rompe con facilidad: si son creyentes y practicantes y tienen una imagen positiva de la vida religiosa, ¿por qué hay tan pocas vocaciones? ¿por qué tan pocos jóvenes se deciden por ella?

La respuesta es relativamente clara: porque son jóvenes. Es decir, porque también ellos están configurados por las características que son propias de la juventud actual. Y aquí se pueden recoger de esa encuesta algunos resultados parciales que confirman esas afirmaciones. Un 75 por 100 de esos jóvenes practicantes estiman como obstáculo serio el hecho de que la vida religiosa es una opción para toda la vida. Un 72 por 100 entienden que se pueden seguir a Jesús y vivir la sexualidad en pareja, como lo hicieron algunos de los apóstoles que no eran célibes. Un 71 por 100 de los jóvenes no ven cómo su aspiración a

la libertad personal pueda ser compatible con una opción por la vida religiosa. Consideran otros (67%) su fe demasiado débil como para asumir el compromiso que la vida religiosa implica. Y un 64 por 100 estima que la calidad de vida (en el sentido de «pasarle bien») les retrae de dar ese paso al frente e ingresar en la vida religiosa.

Si además, muchas de las actividades que los religiosos realizan se pueden hacer desde la vida matrimonial, ¿qué sentido tiene lanzarse arriesgadamente a ganar esa otra orilla de la vida religiosa en la que, al menos vista desde el lado de los jóvenes, hay tantas incertidumbres y se exigen renunciaciones a valores estimados tan importantes?

¿Nos queda alguna palabra?

Ante esta situación no tiene mucho sentido decirse: ya no nos queda otra salida que sentarse resignadamente y esperar la desaparición, por ruina que no por derribo, de las congregaciones religiosas. Ciertamente es que la vida religiosa, en sus formas actuales, pudiera quedar mucho más reducida en el futuro. Es posible que algunas congregaciones que nacieron el siglo pasado como respuesta a muy urgentes necesidades sociales, hayan perdido su razón fundacional o no hayan sabido transformarla. Es posible —¿y por qué no deseable?— que en el futuro se desarrollen en el seno de la Iglesia «formas» de vida consagrada mucho más plurales que en la actualidad. Lo malo es que en la Iglesia con mucha frecuencia comienza a «aprobarse» un balbuciente intento de respuesta cuando hace tiempo que viene acuciando la pregunta.

*Aun así, debemos hacernos conscientes de que a cada generación, pero especialmente a las nuestras, la vida nos va exigiendo nacer varias veces. Fromm escribió que **«hay que comprender todo el proceso de la vida***

como un nacimiento continuo y no se debe considerar definitivo nunca ningún período de la vida». La posible salida no consistirá en escapar de un presente inhóspito para retornar al pasado. No ofrezcamos respuestas de ayer a situaciones de hoy. Al contrario: debemos insertarnos más en nuestro propio «hoy». También ese «hoy» desazonante es de Dios lo mismo que lo fue el ayer y lo será el mañana. Hacerse presente es injertarse en las ramas de hoy pero aportando savia y estimulando a crecer a los brotes que se dan precisamente en nuestra situación.

PORQUE hay brotes. Más arriba resumíamos algunos. Hablábamos de una **atención marcada al individuo** que necesita reafirmar su identidad. ¿No es posible enraizarse ahí y ofrecer con mayor nitidez una identidad esperanzada? No se trata de exhibir obsesivamente ciertos rasgos externos que «delimitan» pero distanciando. Ser religioso es aspirar a hacer de la propia vida —no sólo lo que se hace sino sobre todo lo que se es— un «concentrado» del espíritu de las bienaventuranzas. Estos seguidores de Dios, «forzados» desde dentro por la palabra, deben roturar espacios y lugares en que se experimente a Dios en vivo y se construya una vida verdaderamente humana. Esto está más allá de las actividades que se realizan, desde el sacerdote que celebra la Eucaristía en una parroquia, hasta la religiosa enfermera en clínica pública, el profesor de matemáticas en la universidad estatal, o la asistente social en un centro para marginados. La obsesión por el número o la rentabilidad a corto plazo deben quedar por detrás de esta gran tarea.

Esta vivencia de Dios que tiende a humanizar a la propia persona y al ambiente, se recibe para ser transmitida. Ser cristiano es ser testigo. Y por ello la evangelización no es una campaña de «marketing» a lo

divino para indoctrinar las mentes de individuos maleables y meterles de rondón en una cuasi-secta. Evangelizar es haber sido «cogido», en el sentido más limpio del término, por una persona y ofrecer esa propia experiencia a quien libremente se quiera adherir.

Señalábamos también, como una de las consecuencias de la erosión de tantas instituciones, un pluralismo «a medida». La vida religiosa debe afirmar en su especificidad a la persona y al grupo, pero tiene que hacerlos crecer para que desemboquen en una comunidad transparente. **«Se comunican temas y problemas marginales –dice el documento pontificio sobre la vida consagrada– pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida consagrada».** Debe saltar una circularidad constante entre el Trascendente y la comunicación fraterna. Porque la vocación religiosa no puede degradarse hasta una convivencia educada y superficial de personas solteras que viven en residencia de tercera edad. Eso sería más propio de Peter Pan, el adolescente perpetuo que confunde su libertad con la ausencia de compromisos vinculantes.

La juventud actual dedica con generosidad tiempos y afanes a las tareas solidarias. La vida religiosa de hoy ha de ser una **relación con los seres «sin rostro» humano**, con todos aquellos a quienes el religioso encuentra en el camino y como «buen» samaritano cuida de ellos. Porque el religioso es consciente de que antes de saber qué tiene que hacer, tiene ya una relación con el otro que lo constituye como prójimo suyo.

Soluciones de urgencia

Buscar con urgencia, que no con prisa, soluciones no es lo mismo que echar mano de soluciones de urgencia. De cuando en cuando saltan a la prensa noticias sobre reclutamientos de vocaciones que

suscitan preocupación en círculos de creyentes y en responsables de la Iglesia.

NO es nada difícil confundir, por ingenuidad o por interés, lo que antes se llamaba dirección espiritual con una manipulación burda de las conciencias. Ignacio de Loyola, persona sumamente respetuosa con la conciencia de los demás, a pesar de las muchas caricaturas que de él circulan, le indicaba al «director» de ejercicios espirituales que no se interpusiera como «intermediario» entre la posible inspiración de Dios y el ejercitante. Un «director espiritual» no es un altavoz que transmite inequívocamente la voluntad de Dios a un dirigido que debe obedecer a ciegas y sin pensar. Una vocación como respuesta a una posible llamada de Dios, que brotara o fuera arrancada de una conciencia neurótica de pecado, de miedo al infierno o de desprecio sangrante de sí mismo, avivaría y con razón no pocas sospechas. Hay rasgos que son propios de patologías psicológicas, a veces hasta inducidas, aunque se presenten con rasgos de religiosidad ferviente. Y cuando en determinadas comarcas se recoge un cosechón de vocaciones que acuden en «tromba» a determinados conventos, con la consiguiente inquietud no sólo de los familiares sino también de responsables de la Iglesia, hay razón para preguntarse por el origen de esa «tormenta» celestial que ha inundado pequeñas parcelas mientras que la tierra de todos está reseca. Fenómenos como estos no son nuevos en la historia de la Iglesia.

Un autor tan antiguo como Orígenes decía que a Dios hay que buscarlo no tanto en el santuario sino en la vida, en los actos, en las costumbres. **Si sirves al Verbo de Dios no te quepa duda alguna de que estás en el santuario.** Los religiosos deberán ser fieles a la tierra y en el corazón de ella dar testimonio del misterio de Dios en cuya presencia viven.